

tener de él aquella fe religiosa de que es único, digno y propio objeto, y sin colocar en su Magestad divina toda la confianza de nuestra alma, como en un ser infinito, sabio, omnipotente y misericordioso, que puede y quiere auxiliarnos en todas nuestras enfermedades espirituales y temporales, dar fortaleza á nuestros miembros para caminar por la senda de la justicia con paso firme y resuelto, y concedernos por último el don de la feliz inmortalidad; pero que para efectuar esta curacion ve primero la fe de los que nos presentan, y nos dice despues como al paralítico del Evangelio: **Ten** confianza, que perdonados te son tus pecados.

Con solo reflexionar sobre las admirables perfecciones y atributos de este ser perfectísimo é infinito que crió todas las cosas, que ejerce un dominio absoluto sobre las obras de sus propias manos, y con solo considerar nuestra propia condicion, mesquina y enfermiza, no podremos dejar de percibir cuán justos y razonables son los principios de la fé, esto es, aquella deferencia y docilidad con que debemos creer y admitir todo lo que abrazan el dógma y la moral del Evangelio, como palabra y revelacion de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Una inteligencia limitada y cortísima, como la del hombre, es incapaz de comprender los arcanos de la divinidad, solo comprehensibles á una inteligencia increada é infinita, ni de alcanzar la razon de sus obras y de su gobierno, propia solo de la alteza de su sabiduría. Bástenos saber que es la verdad por esencia, que su bondad no tiene limites, y no solo es bueno en sí y para sí, sino bueno para nosotros, difundiendo en nosotros sus dones y gracias, y haciendo que todo se ordene para su gloria y para nuestra felicidad.



DOMINGO DECIMONONO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Habiendo la Iglesia elegido para el evangelio de la misa de este dia la parábola del rey que en la boda de su hijo hizo el festin ó banquete, de que se hicieron indignos los que habian sido convidados los primeros, se le ha dado á este domingo el nombre del Domingo de los Convidados á las bodas; y aun se pudiera añadir, de la parábola de la reprobacion de los judíos. La Epístola es una exhortacion patética que hace San Pablo á los efesios á que se despojen del hombre viejo y se vistan del nuevo, explicando las calidades del uno y del otro, exhortando en la persona de ellos á todos los fieles á renovarse en espíritu y á vivir con una gran pureza de costumbres, figurada en el vestido de boda de que se habla en el Evangelio. El Introito de la misa dice igual relacion; exhorta á los fieles á guardar la ley de Dios con puntualidad y con fervor, y los hace acordar que solo Dios es nuestra salud, y que en cualquiera affixion que nos hallemos, no tenemos que hacer otra cosa que recurrir á él con confianza; pues el mismo Señor nos dice que nos oirá, y que será siempre nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Padre.

Yo soy la salud de mi pueblo, dice el Señor. En cualquiera affixion que se hallen, los oiré cuando me invoquen, y seré eternamente su Señor. Ninguna cosa es de mayor consuelo para nosotros que esta declaracion y esta promesa de Dios; pero así mismo ninguna es mas terrible, así para los judíos ingratos, como para los cristianos infieles, únicos artífices unos y otros de su reprobacion. Pueblo mio, oye las instrucciones que voy á darte; inclina tus oidos á mis palabras. Este salmo es como el compendio de la historia de los judíos desde Moisés hasta David. En él hace el profeta una continua contraposicion entre la bondad de Dios para con su pueblo y la ingratitude del pueblo para con Dios. A mas de muchas cosas que

están ocultas bajo el sentido literal de este misterioso salmo, se vé en él el reino de Jesucristo, figurado por el de David, y la tribu de Judá preferida á la de Efrain, nos representa el fin del Antiguo Testamento y el principio del Nuevo, en el cual los gentiles han sido llamados al banquete de las bodas, con exclusion de los judíos, los cuales por su impiedad y por la mas negra de las ingratitudes, se hicieron indignos de él. Sin duda que esta alegoría movió á la Iglesia á elegir este salmo para el Introito de la misa.

La epístola de la misa de este dia es del capítulo cuarto de la carta de San Pablo á los de Efeso. Deseaba entrañablemente el santo Apóstol la salvacion y la perfeccion de aquella recién nacida Iglesia; y conociendo las necesidades espirituales de aquellos nuevos fieles, los instruye con el mayor cuidado en todos los misterios de la fé, y en los puntos mas esenciales de la moral cristiana. Renovaos en espíritu, les dice, y revestios del hombre nuevo, que fué criado á la semejanza de Dios en la verdadera justicia y en la verdadera santidad. Todos á principios prometen mucho; los primeros pasos siempre se dan con vigor; pero se desmaya y se para en la carrera; es necesario hacer memoria frecuentemente de los mismos objetos y motivos que nos hicieron entrar en ella, para que la continuemos. Nada está mas sujeto á cansarse en el camino de la perfeccion que el fervor: la pesades del cuerpo, digámoslo así, fatiga al espíritu; y la continuacion del trabajo adormece el alma. El hombre nuevo de que el Apóstol les dice que se vistan, es el hombre espiritual é interior, es el hombre inocente, es el hombre nuevo, reengendrado por las aguas del bautismo; es el mismo Jesucristo que debemos copiar en nosotros mismos por la pureza de nuestras costumbres y la inocencia de nuestra vida: de suerte, que cada uno de nosotros pueda con verdad decir como el Apóstol: Vivo yo; pero ya no soy yo quien vive, sino que es Jesucristo quien vive en mí. No hay predestinado que no copie en su persona este divino original, ninguno que no sea conforme á la imágen de este Hijo del Eterno Padre; y como él mismo es la justicia y la santidad, es necesario que el hom-

bre nuevo de que debemos vestirnos, no tenga una justicia y una santidad aparentes, sino una verdadera justicia interior y una santidad verdadera.

El evangelio de este dia contiene una parábola llena de misterios y de lecciones. Acababa Jesucristo de contar muchas parábolas á la gente que le oía: la de la higuera infructuosa, á la que echó su maldicion; la de un hombre que tiene dos hijos, y que encarándose al primero, le dice: Hijo ve á trabajar á la viña; y este le responde: No quiero ir; pero arrepentido despues va á trabajar. Habiéndole dicho despues al otro lo mismo, este le responde: Voy allá, Señor, y no fué. La tercera parábola era la de un padre de familias, cuyos obreros despues de haber muerto á muchos criados que los envió, mataron tambien al hijo que habia de heredar la viña. Todas estas parábolas eran unas figuras demasiado claras de la reprobacion de los judíos, y de la vocacion de los gentiles, á quienes debia ser transferido el reino de Dios, para que todos los oyentes no las comprendiesen. Y así no hubo entonces ni entre los príncipes de los sacerdotes, ni entre los escribas y fariseos quienes no viesen claramente que el Salvador hablaba de ellas: ninguno que no se reconociese á sí mismo bajo la figura de la higuera infructuosa, y en el retrato del hijo desobediente, y de los arrendadores de la viña, asesinos é impíos. No pudiendo sufrir unas pinturas tan parecidas ni tan odiosas, ni unas reprehensiones tan justas; hicieron desde entonces cuanto pudieron para prenderlo, pero no se atrevieron por temor del pueblo que lo miraba con veneracion; y así se retiraron llenos de rabia y de furor.

Bien veia el Salvador el veneno y la hiel que habia en sus corazones, pero sin perder nada de su tranquilidad y mansedumbre, continuó sus instrucciones con su acostumbrado celo, y les contó á los que habian quedado una nueva parábola, todavía mas clara y mas instructiva que las antecedentes. El reino de los cielos es semejante á un rey, que celebrando las bodas de su hijo, envió á sus criados para que llamaran y convidaran á ellas á muchos. Estas bodas son las de Jesucristo

con la Iglesia, que es la congregacion de los fieles, expresada tantas veces en la Escritura, bajo el nombre de esposa del Salvador. Envió el rey á sus criados para llamar á los que habian sido convidados. Los que son convidados saben muy bien que los convites de un rey equivalen á los preceptos: no ignoran que el comer á la mesa del monarca es para ellos una grande honra.

Por otra parte, el mismo rey no contento con haberlos convidado, les envía á decir con sus criados que todo está pronto, que no tienen mas que venir para asistir á la boda. Los criados que les envía cumplen con su comision; pero sorprendidos de no encontrar en los convidados sino disgusto é indiferencia, les representan el daño que se hacen á sí mismos y las tristes consecuencias que pueden seguirse de no aceptar el convite: les ruegan, les instan, y nada omiten para obligarlos á concurrir; pero todo es en vano. Estos ingratos menosprecian, así el atento convite del príncipe, como las instancias apretadas y fuertes de los criados; y para dar á entender aun mas bien el poco caso que hacen de un convite tan honroso, uno se va á su granja, otro á su negociacion, otros mas brutales y mas fieros, no contentos con haber maltratado de palabra á los que el príncipe les habia enviado para convidarlos, se echan sobre ellos como unos furiosos y los matan.

Despues que el Salvador hubo hecho ver de un modo tan sensible hasta dónde puede ir la ingratitud y la insolencia de unos súbditos que han olvidado el respeto que es debido á su soberano, quiso mostrarles tambien la justa severidad con que el rey castigó una insolencia tan atroz. Avisado el rey de lo que habia pasado, se irritó tanto, que al momento envió tropa con órden expresa de pasar á cuchillo á todos aquellos matadores y reducir á cenizas toda la ciudad. El delito y el castigo de los culpables no hicieron que el rey abandonase la boda de su hijo. Supuesto que la comida está dispuesta, dijo á sus criados, y que los que yo habia convidado, los primeros se han hecho indignos, id, recorred los caminos y convidad á la boda á cuantos encontréis. Ejecutóse la órden puntualmente; convidaron á cuantos encontraron, malos y buenos, y bien

presto se llenó la sala. Sabiendo todos que no se debe asistir á una boda sino con un vestido decente, ninguno dejó de llevar el vestido de boda; solo uno se descuidó y asistió con un vestido indecente y andrajoso. Habiendo entrado el rey en la sala á ver á los que estaban puestos á la masa, advirtió entre los demas á este hombre. Díjole: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin tener vestido de boda? Corrido éste y avergonzado, no supo qué responder. El rey mandó entonces á los ministros que lo prendieran, y que atado de piés y manos lo metiesen en un horrible calabozo, imágen de aquel lugar de tinieblas, donde no se oyen sino lloros, desesperacion, crujir de dientes, y donde se encuentran juntos todos los suplicios. Todo esto espanta, concluye el Salvador, pero lo que hay de mas deplorable es, que de las infinitas personas que Dios llama á la bienaventuranza eterna, no hay sino un corto número de escogidos.

Esta parábola tiene dos respectos; mira lo primero á los judíos, á aquel pueblo escogido, tan amado y privilegiado, que fué convidado el primero á conocer al Mesías, á asistir á las bodas del Cordero y á tener parte en todas las bendiciones prometidas al linage humano; pero desecharon y despreciaron todos estos graciosos convites, maltrataron tambien á los que Dios habia enviado á convidarlos, como fueron los profetas, y por su obstinacion en no querer aceptar los favores del cielo, obligaron al Señor á llamar á los gentiles á la bienaventuranza del reino de los cielos y á reprobár á aquel desventurado pueblo, hecho por este motivo el oprobio y la execracion del universo y el objeto de la indignacion y enojo de Dios.

La segunda parte de la parábola habla con los cristianos, los cuales no deben de tal modo contar sobre la predileccion y la bondad del Señor, que descuiden de sus obligaciones y de vivir en la inocencia. Por ser admitidos en la sala del convite no somos mas felices si comparecemos en ella sin el vestido de boda: el terrible castigo de aquel convidado que fué arrojado de la sala, es una gran leccion para todos los fieles. Ni la santidad del lugar y de la perfeccion, ni la abundancia de los socorros espirituales, ni los buenos ejemplos, nos asegurarán un

puesto en la estancia de los bienaventurados. No nos arroguemos las virtudes ajenas, la santidad es personal; y si no estamos vestidos con el vestido de la boda, si no vivimos y morimos en la inocencia, seremos arrojados de la sala y de la mesa de las bodas para ser precipitados al infierno.

La epístola es del capítulo IV de la de San Pablo á los de Efeso.

Hermanos: Renovaos ahora en el espíritu de vuestra mente, y revestios del hombre nuevo que ha sido criado conforme á Dios en justicia y santidad verdadera. Por lo cual, renunciando á la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros. Si os enojais, no querais pecar; no sea que se os ponga el sol estando airados. No deis lugar al diablo. El que hurtaba no hurte ya, antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algun ejercicio honesto para tener con qué subsistir y dar al necesitado.

El evangelio es del capítulo XXII de San Mateo.

En aquel tiempo: Hablaba Jesus á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos en parábolas, diciendo: En el reino de los cielos acontece lo que á cierto rey que celebró las bodas de su hijo, y envió sus criados á llamar los convidados á las bodas, mas estos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos criados, con orden de decir de su parte á los convidados: Tengo dispuesto el banquete: he hecho matar mis terneros y demas animales cebados, y todo está á punto: venid pues á las bodas. Mas ellos no hicieron caso, antes bien se marcharon, quién á su granja y quién á su tráfico. Los demas cogieron á los criados, y despues de haberlos llenado de ultrages los mataron. Lo cual oido por el rey, montó en cólera, y enviando sus tropas acabó con aquellos homicidas, y abrasó su ciudad. Entonces dijo á sus criados: Las prevenciones para las bodas están hechas, mas los convidados no eran dignos de

asistir á ellas. Id, pues, á las salidas de los caminos, y á todos cuantos encontréis convidadlos á las bodas. Al punto los criados saliendo á los caminos, reunieron á cuantos hallaron, buenos y malos, de suerte que la sala de las bodas se llenó de gentes que se pusieron á la mesa. Entrando despues el rey á ver á los convidados, reparó allí un hombre que no iba con vestido de boda, y dijole: Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí sin vestido de boda? Pero él enmudeció. Entonces dijo el rey á sus ministros: Atado de piés y manos arrojadle fuera á las tinieblas, donde no habrá sino llanto y crugir de dientes. Tan cierto es que muchos son los llamados y pocos los escogidos.

MEDITACION

Sobre el desposorio místico del Hijo de Dios.

Considera que este rey, de que habla el Evangelio de hoy, es el Padre Eterno, que hace las bodas de su Hijo, queriendo que su Hijo Unigénito, encarnando, se desposase con nuestra humilde naturaleza, y desposándose con ella la hiciese tan bella, tan pura, tan santa, tan rica y excelente en todo, cuanto convenia á la que era traída al sér de Dios. ¡Oh hermoso desposorio! ¡Oh union incomparable! ¡Oh admirable comercio! ¡El Criador del humano linage, tomando un cuerpo animado, se dignó nacer de una virgen, y uniendo á sí nuestra naturaleza, nos ha dado su divinidad! Así canta la Iglesia. Y en efecto, Dios ha dado al hombre todas sus riquezas, y el hombre ha dado á Dios su pobreza toda: Dios ha dado al hombre su inmortalidad y bienaventuranza, y el hombre ha dado á Dios su muerte y sus dolores. ¡Oh cambio estupendo! ¡Oh admirable comercio!

Considera que desposándose el Hijo de Dios con nuestra naturaleza, nos hace sensibles las perfecciones sumas de su divinidad, que le comunica, para atraernos á su amor. ¿Debemos amar á Dios por la excelencia de su sér y de sus divinas perfecciones? Pues así debemos amar á Jesucristo, que es Dios verdadero; y no solamente es bueno, hermoso, sabio, poderoso,

dulce y misericordioso, sino tambien la misma bondad, hermosura, sabiduría, poder, dulzura y misericordia. Y ¿por qué? Ya lo dice un santo padre: nada pierde el Verbo de la gloria paterna por desposarse con nuestra naturaleza, porque en esta union hipostática no deja de ser lo que ab eterno, aunque en el tiempo comienza á ser lo que no era, esto es, hombre. No dejando, pues, de ser Dios por hacerse hombre, tiene y posee todas sus perfecciones soberanas, y redundando estas en su humanidad sacrosanta, lo hacen el objeto amabilísimo de todo nuestro deseo, y el centro y foco de todo nuestro amor.

PETICION Y PROPOSITOS.

¿Qué otra cosa debo yo contemplar en tí, oh dulce Jesus, sino al centro de mi alma y al objeto de mi amor? Por eso está mi corazon inquieto, mientras no te poseo, y mi alma fatigada, mientras no descansa en tí. ¡Oh alegría de los ángeles y gozo de las almas! Dame que sea todo tuyo por la caridad, y que abrasado en este tu amor santo, no ame, ni busque, ni quiera otro bien que á tí, bien inmenso, delicias de tu Padre Celestial.

JACULATORIA.

Tus delicias son estar con los hijos de los hombres.

LECCION.

Sobre el modo de corresponden á la vocacion.

La parábola que nos refiere el evangelista San Mateo, y nos recuerda la iglesia santa en este dia, es la semejanza del reino de los cielos con el convite de un rey á las bodas de su hijo. Ella nos da á conocer de un modo el mas sencillo y perceptible los misterios profundos de la vocacion y la gracia: *Muchos son los llamados, dice la eterna verdad, pero pocos los escogidos.* Nuestro llamamiento al seno del cristianismo y de la iglesia ca-

tólica, no nos deja dudar de que nos hallamos en el número de los que han sido convidados. ¿Qué deberemos hacer para numerarnos entre los escogidos? Corresponden con fidelidad á nuestra vocacion, y esta es la utilidad que debemos sacar del evangelio de este dia.

El convite de las bodas está preparado para todos, la gracia de Jesucristo á todos ha sido ofrecida, y para que el convite no estuviese dispuesto en vano, fueron llamados los gentiles á la ley de gracia, cuando la mayor parte de los judíos habian rehusado admitirla: así como tambien se substituyen á los malos cristianos que abusan de la gracia de su vocacion, los fieles que cooperan á ella y corresponden viniendo al llamamiento divino. *Se os quitará, decia Jesucristo, el reino de Dios, y se dara á los gentiles que den su fruto.* Por eso continúa el evangelista: *Y habiendo salido sus siervos á los caminos, congregaron cuantos hallaron, buenos y malos, y se llenaron las bodas de convidados.* La mesa del Señor, dice San Agustin, está preparada para todos los que quieran venir; pero importa saber el modo de acercarse á ella, no estando prohibido el acercarse y sentarse á comer. Los escritores santos enseñan que hay dos convites, uno al que vienen los buenos y los malos, otro á los que solo se acercan los primeros: hablando de aquel el apóstol, dijo á los corintios: *Cualquiera que coma y beba indignamente, come y bebe su juicio.* En la iglesia católica están los buenos y los malos, fuera de ella no existen los buenos, pero dentro de ella se toleran algunos malos. Todos los católicos hemos sido llamados; pero no todos hemos sido elegidos, porque no todos correspondemos fielmente á la gracia de nuestra vocacion.

Todos los hombres han sido convocados suficientemente por la ley natural, por la ley escrita, por la predicacion del Evangelio, por las voces y testimonios de las criaturas, y por las inspiraciones interiores. Porque como dice San Agustin: "En los antiguos siglos no faltó en el mundo aquella gracia que despues de la resurreccion de nuestro Señor Jesucristo se difundió por todas partes, y de la que está escrita: *Tus luces iluminaron todo el orbe de la tierra.* En efecto, los cielos, la tier-

ra, el mar, todas las criaturas que pueden verse ó entenderse, *cuentan la gloria del Señor*. Es decir, han sido dispuestas principalmente para la utilidad del género humano, y para la contemplacion racional de todos los bienes que dirigen naturalmente al culto y al amor de su autor. ¿Mas porqué causa son tan pocos los elegidos aun, en los que viviendo en el seno de la iglesia tienen tan abundantes auxilios? Porque desgraciadamente vivimos en la persuacion de que para ser del número de los escogidos, nos basta haber nacido en una nacion en que la católica es la religion del pais, y nos creemos fuera de la necesidad de presentar alguna prueba que nos acredite como discípulos de Cristo. Fiándonos de que seremos de los elegidos, estamos tan poco dispuestos á escuchar dócilmente los avisos de nuestra conciencia, somos tan diestros en justificar lo que es malo, en paliar lo que absolutamente no se puede justificar, en ponderar el mérito de lo que en realidad apenas es recomendable, en lisongearnos con que nuestros hábitos viciosos no son mas que acciones casuales, y por último, en convertir algunos actos aislados en virtudes, que es preciso que lleguemos á vernos en un extremo de perversidad, para que hallamos de pronunciar la sentencia contra nosotros mismos.

Mas para corresponder fielmente á nuestra vocacion, es necesario realizar la grande obra del cristianismo á que hemos sido llamados, la que consiste nada menos que en uniformarse al modelo del Divino Maestro, mediante la operacion del Espíritu Santo, que está prometido á las fervorosas oraciones y á os diligentes esfuerzos. Las Escrituras santas representan el estado de un cristiano sobre la tierra, bajo las imágenes de *carrera y de guerra*, para manifestarnos la necesidad de desembarazarnos de todo peso que pudiera estorbarnos en la primera, y para que nos armemos con la armadura de Dios, á fin de salir victoriosos en la segunda. Es verdad que este es un trabajo erizado de las mas espinosas dificultades, que exige vigilancia continua, esfuerzos no interrumpidos y paciencia infatigable: pero la confianza en la misericordia divina nos hará decir con San Pablo: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*. Al

tocar este mismo apóstol el término de una larga carrera, consagrada enteramente á un servicio activo, y á padecimientos tolerados con la mayor alegría, declara haber reconocido que la renuncia á su cuerpo y una rígida disciplina, habian sido absolutamente necesarias para su salvacion.

Penetrado por consiguiente de esta necesidad indispensable y de la difícil naturaleza del servicio á que está obligado el verdadero cristiano, para corresponder al convite de las bodas á que ha sido llamado; emprende su obra con vigor y la continúa con diligencia. Como si habitase en un pais desolado por la peste, sale de él apresuradamente y no queda satisfecho con atravesar la frontera, hasta haberse asegurado de un modo indudable de estar ya lejos de los límites del contagio. Dispuesto de antemano á encontrar dificultades en el camino que ha emprendido, no se desanima cuando le salen al encuentro, advertido ya del número de sus enemigos, ni se alarma cuando se le acercan, ni aunque quieran sorprenderlo lo encuentran desprevenido; sabe que deben sobrevenirle penalidades y asperezas inevitables en todo su viage, persuadido de que la senda por donde marcha, le ha de ir pareciendo cada vez menos escabrosa, y que ella debe conducirle al descanso eterno de la paz y la gloria.



DOMINGO VIGESIMO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Este domingo se puede llamar el domingo del magnate de Cafarnaum, el cual hace el asunto del Evangelio de este dia. Todo es instruccion en este Evangelio, como también en la Epístola. Aquel instruye el espíritu y esta el corazon. Jesucristo nos enseña que la fe debe ser viva, y San Pablo que deben ser puras las costumbres; así aquí como en cuanto hemos dicho,